

<http://dx.doi.org/10.6018/274331>

VON UEXKÜLL, Jacob Johann (2016): *Andanzas por los mundos circundantes de los animales y los hombres*<sup>1</sup>, Buenos Aires, Cactus, 159 p.

La obra se desarrolla en un momento de recomposición epistemológica forzado tras una crisis del evolucionismo. Uexküll, ya desde sus *Cartas biológicas a una dama*<sup>2</sup>, destaca que la biología, como consecuencia del desplazamiento que va de la especie al animal, recupera al «individuo» que había sido perdido durante el darwinismo.

Este es un pequeño texto de reciente traducción al español en el que puede darse cuenta de lo interesante y original de las ideas de Uexküll, al que se lo declara como el pionero de la etología. Las páginas de este libro conforman un compendio de sus principales ideas. El texto contagia desde su prólogo el entusiasmo por su lectura, y por su alcance mucho más allá de la fisiología, que era su especialidad, puede notarse aquí que sus conceptos entran en el dominio de la filosofía de la naturaleza. Está conformado por el prólogo original, la introducción y 14 capítulos. A esta estructura se suman el prólogo de la presente edición y las ilustraciones de Georg Krizat. El texto posee innumerables ejemplos de comportamiento animal que acompañan el desarrollo argumentativo de manera perfecta.

Uexküll, marcado por su rechazo a las teorías mecanicistas, propone desde el prólogo de la obra un recorrido por mundos desconocidos e invisibles. Plantea una fenomenología de la percepción del mundo basada en ideas y conceptos kantianos. En varios momentos de la obra Uexküll retoma

algunos de esos conceptos y señala la influencia que ha recibido de Kant.

Según Uexküll es el rol decisivo del sujeto lo que conecta a la biología con la filosofía kantiana (p. 20). Siguiendo la idea kantiana de que un efecto es causa de un comportamiento que lo lleva a cabo, Uexküll reemplaza la mecánica causal por la mecánica funcional y entiende que el sujeto percibe y obra, que el sujeto hace uso de las impresiones que recibe (p. 21) y sostiene que «todo lo que un sujeto percibe se vuelve su mundo perceptual y todo su obrar se torna mundo efectual». Así, el sujeto, a partir de la congruencia entre el signo perceptual y el efectual, conforma su *Umwelt* o mundo circundante –entre lo interno y lo externo–. Sujeto y objeto se adaptan uno a otro y conforman un todo orgánico (p.44), un círculo funcional que se constituye como el medio de nuestra experiencia y también como sus límites.

Uexküll nos introduce en el mundo melódico de los individuos vivientes entre los que distingue tres reglas o «melodías»: las de formación, las de funcionamiento y las de dirección (p. 24). En la introducción recorre la estructura melódica de la garrapata, un ejemplo clásico en referencia a su obra, que se despliega sucesivamente, conforme a plan, en sus tres círculos funcionales. La garrapata, sube a lo alto de una rama para esperar su presa, impulsada por el aroma del ácido butírico cae sobre un mamífero que pasa y lo pica en el espacio más cálido de la piel para después morir. Un mundo comprendido en la sucesión de tres factores.

1 «*Streifzüge durch die Umwelten von Tieren und Menschen*» La obra original fue publicada en 1934.

2 Buenos Aires, Cactus, 2014.

Uexküll propone un sistema esquemático en el que el sujeto vivo se relaciona con los objetos mediante la percepción, a través de sus órganos sensoriales (i.e. una vía objeto-sujeto) y mediante los efectos a través de los efectores del sujeto (i.e. una vía sujeto-objeto), generando un *círculo funcional*. Pero hay aún una pieza más para entender el concepto de *mundo circundante* y es la idea de *conformidad a plan*. Uexküll propone un encastre biunívoco y perfecto entre el organismo viviente y los portadores de características de su mundo circundante, de modo que el fundamento mismo de la existencia del sujeto es este *ajustamiento* a su *mundo circundante*. Cada sujeto viviente forma una unidad con su *mundo circundante*.

En el capítulo 1: «Los espacios del mundo circundante» Uexküll sostiene que todos los seres vivos tienen su propio mundo, también su tiempo y espacio: «Cada sujeto teje relaciones, como hilos de una araña, sobre determinadas propiedades de las cosas, entrelazándolas hasta configurar una sólida red que será portadora de su existencia» (p. 52). Cada *mundo circundante* es un recorte del medio ambiente en el que se extiende cada animal.

Uexküll sabe diferenciar entre los vivientes tres espacios que se atraviesan, se complementan y contradicen: el espacio efectual, el espacio táctil y el espacio visual. El primero da cuenta de un sistema de coordenadas que sirve de base para todas las determinaciones espaciales. El espacio efectual dispone de tres planos que cumplen la función de brújula, la cual nos indica «la puerta de casa» (p. 57). En cuanto al espacio táctil, Uexküll admite que el lugar se constituye como su unidad elemental. Y da cuenta de que el lugar no es una configuración inherente a la materia de entorno, sino que éste debe su existencia a una *señal perceptual* del sujeto. «En el tacto, los lugares se vinculan con los pasos direccionales y ambos contribuyen a la donación

de forma» (p. 61). Por su parte el espacio visual no se reduce al uso de los ojos, sino que se extiende a las percepciones ligadas a la fotosensibilidad que –como a las garrapatas para llegar a la rama– alcanzan para la producción de señales en el recorrido de su *mundo circundante*. En el espacio visual, dice Uexküll, los espacios entre lugar y lugar se crean mediante pasos direccionales (p. 66).

Tras este análisis llega el capítulo 2: «El plano de máxima lejanía» en el que el filósofo estonio-alemán diferencia el espacio visual del espacio táctil y del efectual, siendo el primero el único en estar «circunscrito por un muro impenetrable» al que llama el horizonte o el plano de máxima lejanía. Pues en el horizonte no se distingue lejanía sino sólo medida, es decir, si el objeto es grande o más pequeño. Pero claro que además esto varía para cada sujeto, en cada mundo circundante. Con ello, lo que no se pone en dudas, a pesar del modo en que lo encierre el plano de máxima lejanía, es que el espacio visual siempre está allí. Dice Uexküll, «podemos imaginar a todos los animales a nuestro alrededor... englobados por pompas de jabón que confinan su espacio visual y contienen todo aquello que les es visible» (p. 71).

En «El tiempo perceptual», el capítulo 3, Uexküll señala una de las cuestiones más apasionantes de la obra poniendo al sujeto no sólo como hacedor de su mundo sino también de su propio tiempo. «El tiempo como secuencia de momentos varía de un mundo circundante a otro, según la cantidad de momentos que los sujetos vivencien en el mismo lapso temporal» (p. 73).

En el capítulo 4, Uexküll destaca la idea de que la naturaleza es capaz de entender una configuración de la vida conforme a plan, «valiéndose de un único círculo funcional» (p.79). Sostiene que hay organismos vivientes con un único círculo funcional en el que el mismo signo perceptual –siempre

idéntico— es neutralizado por el mismo signo efectual. Es el caso de los paramecios o de multicelulares como las medusas o los rizotomas que están conformados por «Mundos circundantes simples».

Ya en el capítulo 5: «Forma y movimiento como signos perceptuales» Uexküll ofrece un grado de complejización de los mundos perceptuales en tanto sostiene que la forma y el movimiento sólo aparecen en aquellos más elevados. En cuanto a los signos en sí, no sólo la forma móvil y la inmóvil son independientes entre sí, sino que a su vez el movimiento puede aparecer como un signo perceptual independiente y sin forma. Ahora bien, las relaciones de significación son los únicos indicadores en la exploración de los mundos circundantes (p.91), y esto es algo que le es propio a cada sujeto en particular.

Es necesario «ordenar las manifestaciones vitales de los animales bajo el punto de vista de un plan», sostiene Uexküll entrando en el capítulo 6: «Fin y plan». Esta es una discusión que él se propone dar permanentemente y sobre la cual avanzará en el capítulo siguiente, asegurando que «el plan es el ordenamiento soberano de la naturaleza» (p. 102). De hecho para Uexküll, y lo prueba con varios ejemplos, aunque puedan existir algunas acciones conformes a un fin —en el caso de algunos mamíferos superiores— todas ellas permanecen ordenadas al plan general de la naturaleza.

En «Imagen perceptual e imagen efectual», capítulo 7, Uexküll pone al concepto de instinto en el lugar de la negación de los planes supraindividuales de la naturaleza. Esta idea que emerge de la diferenciación entre el fin individual del sujeto y el plan de la naturaleza se ampara en la convicción de que «son los planes de la naturaleza los que reinan tras el tejido de la araña y la construcción del nido del pájaro» (p. 101).

La «Senda conocida» «depende enteramente del sujeto individual» afirma Uexküll

iniciado el capítulo 8. Se establece allí un vínculo indisoluble entre el sujeto y el recorrido, una nueva dimensión de la constitución singular de cada mundo circundante, que podría remitirnos a la frase de Antonio Machado «caminante no hay camino, se hace camino al andar».

La senda conocida es un problema espacial que concierne tanto al espacio visual como al espacio efectual del sujeto, e involucra tres tipos de signos perceptuales: «1- ópticos, 2- planos direccionales del sistema de coordenadas y 3- pasos direccionales» (p. 109-110).

Casi sin fisuras en el capítulo 9: «Hogar y territorio» Uexküll sostiene que en tanto el territorio es un producto puramente subjetivo se constituye como problema del mundo circundante. De manera que el territorio, la senda conocida y el hogar estarían definiendo estructuralmente las dimensiones del mundo circundante de cada sujeto, confluyendo todas a la vez en «el saber volver a casa».

A todo esto le falta «El compañero», en este capítulo se analiza la idea del apego, una idea que va más allá de la especie. El mundo de las grajillas será testigo de este estudio.

En el capítulo 11: «Imagen de búsqueda y tono de búsqueda» vemos que son diferentes los procesos que se entretajan en la percepción y que generalmente buscamos un objeto en referencia a una imagen perceptual determinada. Lo cual puede producir que la imagen de búsqueda anule la imagen perceptual.

«Los mundo circundantes mágicos» abren un capítulo 12 en donde puede verse de qué modo los productos subjetivos desarrollan y constituyen el dorso de las experiencias personales repetidas por el sujeto. Las realidades son sólo subjetivas, considerando que incluso aquellas realidades objetivas son siempre transformadas en signos perceptuales o imágenes perceptuales y provistas de un tono efectual que recién entonces hace de ellos objetos reales.

«El mismo sujeto como objeto en diversos mundos circundantes». El viejo leñador ve en el roble unas pocas varas de leña. Una pequeña niña se asusta al ver entre la corteza nudosa un rostro humano. El zorro que se construye su madriguera entre las raíces del árbol, ve en el roble un techo sólido que lo protege de las inclemencias del clima. El roble también es protección para el búho, soporte para los pájaros que allí anidan, fuente de alimento para el escarabajo y las avispas y es un parque de diversiones para las ardillas. Algunas veces las mismas partes son grandes, otras veces pequeñas. Algunas veces

la madera es dura, otras blanda. Unas veces facilita el refugio, otras el ataque. Un capítulo 13, seguido de la conclusión en los que se pueden «distinguir las vastas dimensiones del árbol de la vida, de la naturaleza» (p. 155). ¿Cuántos mundos caben en un árbol?

En la diversidad la unidad, en ella los mundos producidos por cada sujeto y detrás de todo, la Naturaleza. Un libro apasionante de principio a fin.

María Belén Campero

(Centro de Investigaciones Filosóficas.  
Argentina)

<http://dx.doi.org/10.6018/281161>

SÁEZ, Luis (2015): *El ocaso de occidente*, Barcelona: Herder, 516 pp.

En *El ocaso de occidente* Luis Sáez continúa la senda de elaboración de un pensamiento propio y profundo iniciada en su libro anterior *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad* (Trotta, 2009). Esto significa que también este texto se sitúa en el ámbito de la ontología política. De hecho, si distinguimos entre el ser humano singular y la sociedad, podríamos decir que mientras *Ser errático* destaca la dimensión singular, este nuevo libro se centra en la social, aunque obviamente, y evitando el abstraccionismo, en ambas obras podemos encontrar los dos elementos.

El propio autor muestra la relación que existe entre su conceptualización del ser errático y la profundización ontológica que lleva a cabo en esta nueva obra. Así, aquel es definido como «autocreador con criterio y normatividad, pero de tal modo que su dirección no es dependiente de un fundamento identitario, sino, paradójicamente, de una ausencia de fundamento que se autoorganiza caosmóticamente». Se trataría ahora, por lo

tanto, de analizar este no-fundamento, la dinámica errática, exuberante y creativa del ser, y mostrar las disfunciones que produce su secuestro en la crisis actual. De hecho, el libro podría haberse titulado también *La crisis de Occidente* a condición de que tuviéramos en cuenta varias cosas. En primer lugar, no hablamos fundamentalmente de la crisis económica, ni siquiera de la crisis sociopolítica. Ambas son manifestaciones de superficie de una crisis más profunda, *cultural*. Desde este punto de vista, la crisis de Occidente consiste en el «desfallecimiento de su subsuelo cultural en profundidad». En segundo lugar, no se trata tanto de analizar la crisis en sí misma sino más bien el mecanismo por el que ésta deviene *agente patógeno*, produciendo una *enfermedad civilizatoria*. Por último, tampoco se trata de recuperar el manido discurso sobre la crisis desarrollado en las últimas décadas del siglo XX como crisis de fundamentos. Sáez -del que no podemos olvidar que comenzó su carrera investigadora midiéndose con